

La escena de la memoria

Pero ¿puedo revivir aquellos días? ¿Es posible retroceder y penetrar en aquellos tiempos en que no había lugar para recordar lo que era la vida normal, aquellos días en que teníamos que adaptarnos al caos y luchar por sobrevivir..?

Los textos aquí reunidos son miradas, lecturas que evocan, fijan un tiempo y un espacio, de una experiencia traumática de un quiebre histórico. Escenifican el recorrido de la memoria a través de las palabras, imágenes, sensaciones que ayudan a recuperarlas del olvido y transformarlas en una memoria de papel.

Es intento de reconstruir la escena de cuando no había tiempo para reaccionar a todo lo que sucedía, recogen el reacomodo lento y silencioso de las capas después de un temblor. Recuerdo un cuadro de Roser Bru, un díptico en que vemos una mesa con el pan y una taza sobre ella, en los tiempos de paz, luego la mesa en que estos elementos se están cayendo, simbolizando el derrumbe de lo cotidiano.

De esos días cada uno nos hemos hecho un equipaje que se ha transformado en un peso, en una carga fantasmal, que es necesario reordenar, sacar nuestras obsesiones acumuladas en tantos años. Ha llegado el momento de hacer memoria, de repasar los recuerdos. Ver cuáles fueron las señales que cambiaron nuestro entorno cotidiano, remirar las grietas y borraduras de nuestro álbum familiar. Al evocar, convocamos el cuadro, las marcas de la época, no estamos solos, la memoria de uno hace al otro.

De este modo, escribir es una forma de actuar contra el olvido, como dice Adriana Valdés: «La memoria implica, en cierto modo, un acto de redención, lo que se recuerda ha sido salvado de la nada».

La casa perdida era el nombre de una composición que nunca se nos pidió en el colegio, a la vuelta de aquella primavera interrumpida. Ya el álbum fotográfico contenía las primeras ausencias, hubo compañeros que no volvieron a clase. Cuando regresamos, todo había cambiado, nuestros pupitres habían sido repintados, con ello se borraron los nombres de alguien con quien soñábamos, además desaparecieron las consignas. Nos reunieron en el patio y cantamos la canción nacional, como cada lunes, pero ahora se agregaba una nueva estrofa: «Nuestros nobles valientes soldados / que habéis sido de Chile el sostén / nuestros pechos os llevan grabados...» Muchos llamamos, porque ese «grabado» en nuestra memoria tenía un sentido distinto, irónicamente

te pertenecíamos a los veteranos del 73. El rector reprodujo el tono que sería característico de los discursos de los años posteriores; dijo: «Ahora tendréis nuevos programas de estudio». (Es curioso: durante mucho tiempo no tuvimos profesor de historia de Chile, después supimos que estaba detenido).

La memoria clausurada

El primer recuerdo es la imagen simbólica de La Moneda (palacio presidencial) en llamas, en la radio, con interferencias, se escucha la voz del presidente Allende llamando a la calma y expresando el dolor por la traición de las Fuerzas Armadas. Sus palabras resonarían visionariamente a lo largo de la dictadura, «llegará el día en que se abran las grandes alamedas para dar paso al hombre libre...»

El bombardeo a la Moneda sería el inicio de un momento de ruptura, de quiebre histórico, el país se dividía en vencedores y vencidos, la geografía se despedazaría en el interior y el exterior. La acción militar no sólo intenta restaurar el orden (como se pensó en el primer momento), sino clausurar el pasado democrático.

La primera etapa del régimen correspondería al trabajo de hacer olvidar y descalificar los años de gobierno de la Unidad Popular, considerándolos como el «caos»; pero su acción no sólo consistiría en la manipulación del lenguaje, sino que significaría todo el montaje de un aparato de represión: decretos de censura, quema de libros, campos de concentración, tortura, hasta llegar a la desaparición física de todo aquel que disintiera con el nuevo orden.

Otra imagen es la del Congreso cerrado: donde circulaba la palabra, ahora es la voz única que se expresa en bandos y decretos. De este modo, se iba configurando la visión de dos países: el del discurso oficial sancionador, y el de los vencidos que eran despojados de sus muertos y símbolos. Serán años de permanente «estado de sitio» y de «emergencia», nos acostumbraremos al sonido del helicóptero vigilante de nuestros sueños, al tableteo de las ametralladoras, a las sirenas de fantasmales automóviles que se desplazaban con inciertos destinos. La vida cambiaba arrolladoramente, nos costaba convencernos de que habíamos perdido la casa, que se clausuraba parte de nuestra historia.

Se instaura una nueva forma de cultura por la dictadura: la muerte, el miedo, el olvido y el silencio. El espacio público es vigilado; las organizaciones sociales, partidos políticos, son desarticulados (mediante la manipulación del lenguaje, el régimen valorará negativamente todo lo que guarde relación con lo político). Así, quien asumirá la voz de los silenciados será la Iglesia Católica, a través del «Comité por la Paz», que denuncia los atropellos a los derechos humanos; posteriormente se transformará en la «Vicaría de la Solidaridad».

La experiencia de la memoria clausurada ha sido recuperada por un amplio corpus de testimonios (que registran las vivencias de estos años, desde informes de torturas, la vida en los campos de concentración, o la interpretación personal de sucesos con los cambios que experimentaba el país). Son textos de importante aporte a la documentación de la reconstrucción de la historia, para su posterior confrontación con la versión del discurso oficial.

La nueva memoria

Ahora podemos abrir el paréntesis (idea que se pensó en algún momento que sería la dictadura); pero el régimen militar no sólo se asignó una misión restauradora; por el contrario, aspiraba a refundar desmemoriadamente la historia, parcelando capítulos de ésta, para elaborar una nueva semantización de lo social. «Esta resignificación de lo social se plantea a partir de la constitución de tres ejes fundamentales: uno temporal (hoy v/s ayer), otro valórico (bien v/s mal) y un tercero social (orden v/s caos). En función de ello se conforma una diada no sólo lingüística, sino también histórica. Se postula la unidad de opuestos conformada por tres polos. Por un lado está el ayer —el mal, el caos—, por el otro está el hoy —el bien, el orden... (Gisell Munizaga). De este modo la dictadura negaba una memoria colectiva e imponía una nueva lectura de la historia, que se acomodará a su proyecto refundacional.

Durante todos sus años, la dictadura insistió en el relato mitológico de por qué Pinochet se había instalado en el poder, era el padre protector que nos liberaba de las malas influencias, dejándonos en la pasividad de la constante amenaza; pero su mesianismo estaba acompañado de mucha muerte. El reordenamiento de la vida nacional no sólo se manifestaría en la interpretación de la historia, sino que iría acompañado de la reestructura de toda la organización, de la vida económica, social y política del país. Su materialización se concretó en el programa de las «modernizaciones». El papel del Estado cambió radicalmente desde su rol definido tradicionalmente, como el de un «estado de compromiso», factor que contribuyó al desarrollo social y económico del país. Es reemplazado por un «estado subsidiario», en una orientación neoliberal, en que el mercado es el elemento de regulación de la economía. En este contexto, el Estado cumple un papel orientador y se da prioridad a la actividad privada en la gestión económica. La interpretación de esta experiencia ha quedado registrada en dos textos: «La Revolución Silenciosa», lectura idealizada, y «Los silencios de la revolución», lectura crítica.

La imagen de cambio, de progreso que quería dar el régimen se canalizó a través de la TV, ahora la realidad era presentada en colores (el pasado en blanco y negro). El «milagro económico» prometía que todos podían acceder a la compra de electrodomésticos, autos; el país cambiaba la convivencia social por el autismo regulado por el mercado.

En el espacio público se construían edificios al estilo de Manhattan, mucho vidrio espejeante, algunas calles céntricas se transformaban en paseos peatonales, mimesis de las grandes capitales internacionales (pero el sello nacional lo daba la constante vigilancia policial). El régimen se interesó por la cosmética urbana, creando parques (aprovechando la gran cantidad de personas cesantes). Otro espacio que simboliza la dictadura es el metro, con su sistema de vigilancia, el silencio de sus pasajeros y el sentido neurótico de la limpieza. La alegoría de esta realidad sería el cartel que durante muchos años estuvo en diferentes lugares públicos: «Chile avanza en paz y en orden».

«El milagro económico» lo disfrutaba un sector privilegiado de la sociedad, en tanto que en las márgenes, la mayoría no gozaba de la imagen triunfalista que el régimen comunicaba por TV. La división no sólo se creaba por compartir historias distintas; el sector privilegiado desmemoriado aparentaba desconocer que cerca había otras personas que sufrían, que existían lugares de tortura. En tanto los marginados, silenciados, buscaban diferentes formas de sobrevivir, por medio de las ollas comunes, la «asociación comprando juntos». Es curioso que resalte tanto el cambio a través de lo económico, pero en un país que era de una tradición de austeridad, de la noche a la mañana, todo era visto y valorado desde la economía. Ello también se proyectó en el ámbito de lo académico, junto con las medidas de represión y de vigilancia del sistema educacional, además de todo el instrumento de apariencia legal que creó el régimen para mantenerse en el poder.

La realidad es más compleja de lo que a veces dan cuenta las palabras. Paralelo al artificialismo del discurso oficial, lentamente en las poblaciones, en los centros de estudio se recupera la voz y las organizaciones sociales comienzan a rearticular el tejido social, que se expresará en las «protestas», que culminarán con el plebiscito del 5 de octubre de 1988.

La recuperación de la memoria

La literatura y las artes son hijas de la Memoria,
tienen la propiedad de despertar a los pueblos
y recordarles qué y quiénes son.

Octavio Paz

Dentro de las diferentes funciones del arte, me parece que una de ellas es representar la memoria colectiva de los hombres. Su papel se torna clave sobre todo en experiencias de dictadura como hemos venido apuntando, por el carácter negador y clausurador que éstas poseen. Ante esta situación el arte emerge como la reserva de señas que nos ayuda a recordar quiénes somos.

Ante un país silenciado, sin organizaciones, «el arte reemplaza a lo político vedado al conexas a las identidades disgregadas por el quiebre de 1973, mediante la reafir-